

Luis M. Linde

Don Pedro Girón,
duque de Osuna

La hegemonía española en Europa a
comienzos del siglo XVII

Prólogo a la nueva edición de Aurelio Musi



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	11
PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN.....	13
PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2005.....	19
INTRODUCCIÓN.....	23
I. LA CASA DE OSUNA Y EL III DUQUE.....	29
La Casa de Osuna.....	29
D. Pedro Girón.....	41
II. DE HUIDO DE LA JUSTICIA A HÉROE DE LA MONARQUÍA: 1602-1609.....	51
Flandes.....	51
Regreso a España: ascenso político.....	59
1609, un año decisivo.....	63
III. LA MONARQUÍA ESPAÑOLA EN EUROPA A COMIENZOS DEL SIGLO XVII.....	77
Una política de paz para conservar la monarquía.....	77
Los españoles y la libertad de Italia.....	85
El duque de Saboya, de aliado a enemigo.....	89
IV. VIRREY DE SICILIA.....	99
El gobierno de Osuna en Sicilia.....	99

Quevedo en Sicilia, el desafío de Saboya y el nombramiento de virrey de Nápoles.....	108
V. VIRREY DE NÁPOLES. LA «CONJURA DE LOS ESPAÑOLES» CONTRA VENECIA.....	123
El gobierno de Nápoles y los conflictos con la nobleza.....	123
El enemigo veneciano	132
El sueño de Osuna y el corsario Jacques Pierre	150
La intriga del duque de Saboya contra Osuna.....	167
Fin del virreinato y regreso a España.....	178
VI. EUROPA EN 1618, EL AÑO DE LOS TRES COMETAS	191
La rebelión bohemia	191
La ejecución de Walter Raleigh	194
VII. LA CAÍDA DE OSUNA.....	197
Quevedo defiende a Osuna... y se defiende	197
La muerte de Felipe III y el procesamiento de los tres duques	209
VIII. LA REFORMA DEL JOVEN FELIPE IV.....	237
La limpieza de los pecados.....	237
Calderón y Villamediana.....	242
IX. LA MUERTE DE OSUNA Y EL DESTINO DE SU CASA	251
1621-1624: Prisión y muerte	251
La Casa de Osuna hasta finales del siglo XVII.....	257
X. OSUNA EN LA LITERATURA Y EN LA HISTORIA	265
El homenaje de Quevedo	265
Óptimo príncipe, pésimo tirano.....	270
EPÍLOGO	289
Osuna y su amigo, D. Francisco de Quevedo	290
Los dilemas de la monarquía: fines políticos y medios económicos..	292
La defensa de España.....	295
Conflictos políticos, debates morales	298

ANEJOS.....	301
1. Los viajes de Quevedo al servicio de Osuna (1613-1620) y su presencia en Venecia en 1618.....	301
2. D. Juan Fernández de Velasco, el Condestable, tío político y mentor de Osuna	306
3. Campanella y su relación con Osuna y Quevedo.....	309
4. Osuna, su retrato y el personaje literario	326
5. Memorial que el duque de Osuna envió a Felipe IV desde el castillo de Alameda, abril/julio 1621	330
6. Osuna, acusado y testigo en la «limpieza de los pecados» (1621-1624)	335
DOCUMENTOS Y FRAGMENTOS.....	343
1. Carta de Osuna al conde de Lemos, fechada en Palermo el 2 de abril de 1616	343
2. Despacho del virrey interino, cardenal Zapata, a Felipe III, fechado en Nápoles en enero de 1621, explicando los incidentes de la toma de posesión del Virreinato de Nápoles por el cardenal Borja, contra la voluntad de Osuna, en junio de 1620.....	344
3. Carta de Diego Saavedra Fajardo a D. Pedro de Oña, obispo de Gaeta, de junio de 1621, sobre el mismo asunto.....	345
4. Un pasaje de la «Historia General de la Orden de la Merced», de Tirso de Molina, comparando la época de Felipe III con el valimiento de Olivares.....	345
5. Un fragmento de Espejo cristalino de armas para generales valerosos (Madrid 1648) en el que se defienden los méritos de Osuna para ser rey	346
6. Despacho del residente de Venecia en Nápoles de 11 de diciembre de 1618, sobre las exigencias de Osuna de que diversos estamentos prestasen el juramento favorable a la Inmaculada Concepción.....	347
7. Un fragmento de la «Oración a las Damas» pronunciada, según Zazzera, por Osuna en una fiesta en Pozzuole, en septiembre de 1617.....	348
8. El salvoconducto que Osuna concedió a Giulio Genoino el 5 de junio de 1620	349
CASA DE OSUNA (1357-1656).....	351

BIBLIOGRAFÍA.....	353
Abreviaturas	359
Fuentes principales	359
Documentos y manuscritos sobre el conflicto entre el duque de Osuna y el cardenal Borja en Nápoles y sobre el procesamiento de Osuna, Lerma y Uceda	363
NOTAS	367
ÍNDICE ONOMÁSTICO	415
ÍNDICE DE LUGARES	427

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

¿El «*Grande Osuna*», casi salvador de la patria, o el máximo representante de la «leyenda negra»? La biografía de Linde se inscribe en la línea de la revisión del juicio sobre el sistema imperial español en su momento más poderoso, sobre la transformación política del *valimiento* y sus efectos institucionales y sociales. La obra participa plenamente de un clima académico en el que ha sido posible formular un juicio más equilibrado sobre la hegemonía española en Europa en la Alta Edad Moderna y sobre la clase dominante del sistema imperial: una valoración sin prejuicios moralistas, fruto de una cuidadosa reconstrucción documental, no condicionada por viejas y nuevas formas de antiespañolismo. Al mismo tiempo, las tendencias más recientes de la historiografía española e italiana han tendido a ocuparse de la mitografía positiva o negativa de algunos de los protagonistas de la historia de la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna.

Publicada en su primera edición en 2005, esta obra de Luis Linde, que ahora se reedita aumentada y corregida, fue tanto más meritoria cuanto que fue escrita en un momento en que estaban apenas comenzando las nuevas investigaciones sobre Don Pedro Téllez Girón. Así lo señaló Antonio Feros en su prólogo a la primera edición, al destacar el giro que suponía la obra respecto a la «vida inventada» de Osuna, un rasgo permanente de la tradición a partir de Gregorio Leti. Y Linde, desde su Introducción, se distancia de la doble «leyenda negra»: la conspiración de Bedmar y la aspiración de don Pedro a convertirse en rey. Reconstruye entonces la historia de la casa de Osuna y la génesis del ascenso político de don Pedro Téllez Girón en Flandes, en un periodo especialmente complejo y crítico de la guerra hispano-holandesa hasta la firma de la Tregua de los Doce Años en 1609.

He retomado la relectura de esta coyuntura en mi libro *L'impero dei viceroy* (Bologna, Il Mulino, 2013), confirmando sustancialmente el cuadro dibujado por Linde. Como demuestra la correspondencia del Almirante de Aragón con el archiduque Alberto, de 1599 a 1602 la guerra holandesa pasó por una fase muy crítica. A las derrotas militares que pusieron en primer plano el problema de la seguridad de las provincias leales y reavivaron la polémica sobre las ventajas e inconvenientes de la separación de la monarquía de Felipe III, se sumaron las preocupantes condiciones del ejército español: la «falta de numerario» y los riesgos de una «sublevación general». Todavía en 1602 se esperaba el envío de los *tercios* españoles e italianos: dos componentes que alimentaron el conflicto interno en el ejército. En agosto de 1602 los temores de una insurrección general se hicieron más sustanciales. Y el papel de Osuna en la represión de los levantamientos de Brabante en 1603-1604 es subrayado aquí con razón por Luis Linde.

Unos años antes, el archiduque Alberto se había dirigido a Felipe III con un discurso político articulado en varios puntos. El primero estaba relacionado con la vuelta a la «forma antigua del gobierno», fundada en el trinomio amor-fuerza-justicia, que había constituido el modelo de los duques de Borgoña y de Carlos V. El archiduque Alberto afirmaba que el rigor con la que se había gobernado el país era la «fuente de nuestras calamidades». La introducción del «poder absoluto» ha alterado la forma de gobierno: es necesario, por tanto, restablecer la justicia civil y militar. El segundo punto se refería a las revueltas en el seno del ejército, que eran la causa del descrédito y la pérdida de autoridad del rey. En particular, Alberto se refirió al último «motín» de Hamont, para el que sugirió llegar a un acuerdo, y a la urgencia de liquidar los salarios de los soldados valones. El tercer punto era una crítica al método de gobierno a través de las *Juntas*, que había pasado de ser extraordinario a un instrumento político ordinario: se suponía que eran sólo «el último y último remedio». Alberto propuso la convocatoria de los Estados Generales para ampliar el consenso a favor de la monarquía: aun así, el archiduque se distanció del método centralista del «poder absoluto» e invitaba a revitalizar el papel y el peso de las instituciones territoriales de las provincias leales de los Países Bajos. En 1604 Ambrosio Spínola fue nombrado Lugarteniente y Maestro de Campo general de los Países Bajos, mientras que Alberto conservaba la capitanía general y la autoridad sobre el tesoro militar. Pero el ascenso de Spínola al poder era imparable. Su cargo de ministro del archiduque se transformó en 1606 en el de ministro del rey, encargado de la devolución de los Estados de Flandes tras la muerte del archiduque. En

1608 Osuna regresó a España y fue condecorado —muy pocos españoles, entre ellos el heredero, el futuro Felipe IV, recibieron este honor en el reinado de Felipe III— con la Orden del Toisón de Oro. En 1610 fue nombrado virrey de Sicilia y posteriormente, en 1616, virrey de Nápoles.

Estudios posteriores a la publicación del libro de Linde han demostrado que existía una relación muy estrecha entre el sistema del *valimien-to* y los nombramientos virreinales. Los primeros veinte años del siglo XVII fueron el período de mayor dominio español en Italia. El predecesor del III Duque de Osuna en Nápoles, el VII Conde de Lemos, virrey de 1610 a 1616, gozaba de una protección segura en Madrid: era hijo de la hermana de Lerma y se había casado con la hija del favorito. Se reforzó entonces el eje entre Lerma, el Reino de Nápoles, Sicilia y el Milanesado: Francisco Ruiz de Castro y Andrade, cadete del VI conde, gobernó Nápoles tras la muerte de su padre y fue destinado a Sicilia cuando Osuna dejó aquel gobierno por el de Nápoles; el conde de Fuentes, gobernador de Milán, pertenecía a la facción del confesor del rey; Pedro Ruiz de Castro, VII conde de Lemos, fue virrey de Nápoles.

Con los dos virreyes que precedieron a Osuna (el VIII conde-duque de Benavente y el VII conde de Lemos) se consolidó la tradición política del gobierno español en el *Mezzogiorno*. Sus núcleos esenciales fueron: el fortalecimiento del aparato en un espíritu de lealtad hacia la dinastía hispana, a la vez que la atracción de la nobleza hacia la Corte y la integración dinástica; el corporativismo, la cooptación y la preferencia por la propia familia o las familias más cercanas de las élites; el sometimiento de la aristocracia feudal pero, al mismo tiempo, el apoyo conservador de la Monarquía a las clases privilegiadas; la oscilación instrumental, en el gobierno de la capital, entre el «pueblo» y la nobleza; el pleno apoyo a la Iglesia y al clero; la construcción y desarrollo de una relación privilegiada entre virreyes y comerciantes-emprendedores extranjeros. Un corolario de esta tradición política, que se consolidó durante los años del gobierno del VII Conde de Lemos, fue la estructuración en torno al virrey de grupos de poder y presión que tenían sus raíces más en el sistema local que en el «juego cortesano»: la vinculación con exponentes de la clase togada y administrativa, con algunos grupos de la aristocracia y el apoyo de empresarios genoveses y portugueses, como los Vaaz.

Las diferencias con el III duque de Osuna, virrey de Nápoles de 1616 a 1620, radicaban en el método y el contenido de la ideología y práctica del poder virreinal. Lemos había impulsado la unión de diferentes fuerzas contra la nobleza de plaza de la capital: parte del aparato administrativo y de la clase de los togados, sectores de la baronía, la especulación